



Desmenuzando uno, texto empapados de vida

Cada 15 de agosto el pueblo cristiano se llena de gozo al festejar el misterio de la glorificación de la Virgen.

"Nunca me he sentido tan feliz y tan abrumado como cuando tengo que hablar de la Virgen Madre".

Son palabras de San Bernardo que expresan admirablemente bien, lo que la Iglesia siente en este día. Para todos los que tenemos puesta en Cristo nuestra esperanza es fuente de una gran alegría. Una hermosa letrilla de la liturgia bizantina así lo celebra:

"En tu maternidad guardaste la virginidad, en tu dormición no abandonaste el mundo, oh Madre de Dios; has llegado a la fuente de la Vida, tú que has concebido al Dios vivo y que con tus oraciones librarás nuestras almas de la muerte".

En las Iglesias del oriente cristiano, a la fiesta de la Asunción de María al cielo se la llama la Pascua de verano. Expresión hermosa y significativa porque resalta lo que es central para la fe cristiana: el paso de Jesús a la gloria del Padre se lleva a cabo a través de la pasión, muerte y resurrección. Cristo es la primicia de los resucitados - recuerda San Pablo - María es la primera de entre los resucitados con Cristo, es decir, la primera en disfrutar de manera única del mismo destino de gloria que Jesús, porque, como afirma el Prefacio de este día *"No pudo conocer la corrupción del sepulcro, la que dio a luz al autor de la vida"*.

María, que engendró al Hijo de Dios en la carne, es la criatura más enraizada en este misterio, redimida

desde el primer momento de su vida es asociada de una manera muy particular a la pasión y glorificación de su Hijo.



Este luminoso pasaje evangélico, que se proclama en el día de hoy, muestra cómo María vive los acontecimientos en los que está implicada: la maternidad anunciada por el ángel y las palabras de bienaventuranza que Isabel le dirige.

Con el canto del Magnificat, esta joven demuestra que no es una espectadora pasiva e inconsciente de lo que le sucede, sino que sabe interpretar los hechos y darles sentido a la luz de la fe. Ciertamente, todo sucede, no a pesar de ella sino, a través de ella, gracias a ella.

Su maternidad es fruto de su fe. Es madre porque es creyente y no al revés. Si la respuesta de María al ángel *"He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra"* expresa la obediencia de María, el encuentro con Isabel y el Magnificat revelan la calidad de esta obediencia. La de María es el sometimiento, libre e inteligente, de quien no sufre un destino sino que responde a una vocación.

María sabe bien a quién obedece, y en el Magnificat habla del Dios al que obedece. Es un Dios que no toma posesión de su cuerpo como lo haría cualquier hombre con el cuerpo de una joven. María, en cambio, sintió la mirada del Señor sobre ella. Se sintió elegida como solo una mirada es capaz de elegir. Se sentía mirada, no usada, reconocida, no usada.

El signo de la mujer en el cielo, de la lectura primera, evoca a Santa María, pero también a toda la humanidad, a la Iglesia de Dios, a cada uno de nosotros, incluyéndome a mí, un pequeño corazón todavía vestido de sombras, pero hambriento de sol. Hace referencia, por tanto, a nuestra vocación común:

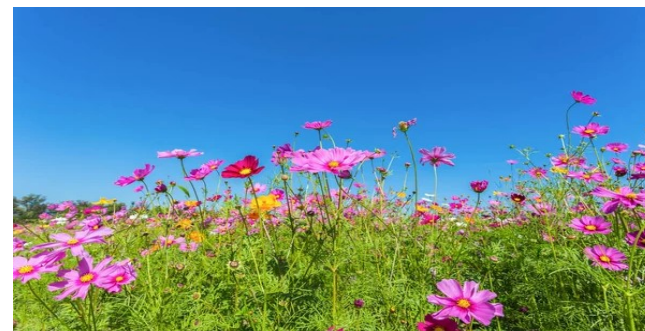
- a) Revestirse de la luz.
- b) Transmitir vida.
- c) No ceder ante el mal.

La fiesta de la Asunción nos llama a tener fe en que la tierra está preñada de vida; la belleza y la vitalidad de la Mujer son más fuertes que la violencia de cualquier dragón por terrible que este sea.

La asunción de María al cielo es un canto a la victoria de Cristo sobre la muerte. Es el anuncio, el evangelio, que se hace promesa, de la resurrección de todo lo nuestro al final de los tiempos. Mirando a la Virgen gloriosa, asunta al cielo, los fieles no pueden por menos de hacer suyas los bellos versos del poeta italiano Dante Alighieri que dicen:

"Aquí (en el cielo) eres un rostro brillante de caridad, y abajo, para los mortales, fuente viva de esperanza".

Santa María nos ayuda a caminar entregado a un futuro (el cielo), que está en nosotros como un brote de luz.





Un salmo para rumiar

Salmo 44, 10bc. 11-12ab. 16 (R.: 10b)

Hijas de reyes salen a tu encuentro,
de pie a tu derecha está la reina,
enjoyada con oro de Ofir.

**Escucha, hija, mira: inclina el oído,
olvida tu pueblo y la casa paterna;
prendado está el rey de tu belleza:
póstrate ante él, que él es tu señor.
Las traen entre alegría y algazara,
van entrando en el palacio real.**

La respuesta a la palabra proclamada en la lectura primera es, en este día, el salmo 44. Puede considerarse como un "cantar de cantares" en miniatura. Es el único ejemplo de lírica profana en el Salterio: no es una oración sino una balada de alabanza a un joven rey con motivo de su boda con la princesa de Tiro (v. 13). El salmo fue reelaborado en clave espiritual probablemente ya desde su entrada en el Salterio, tradicionalmente releídos por el judaísmo y el cristianismo en clave mesiánica y eclesial.

Todo este poema está impregnado de una atmósfera de alegría y belleza, de interioridad y corporeidad.

Los santos Padres, en concreto san Basilio, consideran que el salterio es la voz de la Iglesia. Por eso el canto de los salmos alegra las fiestas, crea esa gravedad que agrada a Dios, incluso saca lágrimas de un corazón de piedra.

Los salmos son obra de los ángeles, perfume espiritual y lo es particularmente el salmo 44 que, principalmente, se refiere al amor nupcial que, según muchos textos bíblicos, simboliza la alianza que se da entre Dios y su Pueblo.

La tradición talmúdica prescribe que los esposos reciten este salmo en los siete días siguientes a la boda, porque: *"ambos se sienten reyes"*. Hay siempre una especie de realeza en cualquier celebración del amor.

Este cántico de alegría, belleza y amor, ya releído en clave mesiánica (el esposo es el Mesías-Cristo y la esposa es Israel-Iglesia) de la tradición judía y cristiana, fue aplicado libremente por la liturgia católica a María.

La Virgen María, templo del Espíritu Santo, acogió con fe la Palabra y se entregó por completo a la fuerza del Amor. Por eso se ha convertido en un icono de interioridad, es decir, todo reunido bajo la mirada de Dios y abandonado al poder del Altísimo. María guarda silencio sobre sí misma, para que todo en ella pueda hablar en su vida de las maravillas de Dios.

Es la espiritualidad de los anawim, de los pobres, como lo fue María y los pobres, en el sentido estrictamente bíblico, son aquellos que depositan una confianza incondicional en Dios. María celebra lo que Dios ha obrado en ella y en cada creyente.

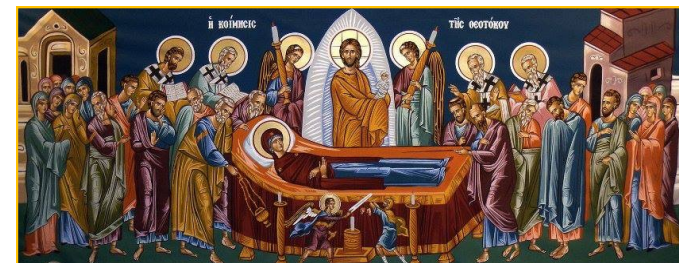
La alegría y la gratitud caracterizan este himno a la salvación que reconoce a Dios como grande, pero que también engrandece a quienes lo cantan.

**11 Y deseará el rey tu
hermosura; e inclínate a él,
porque él es tu señor.**

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

ASUNCIÓN DE LA VIRGEN AL CIELO "B"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Apocalipsis 11, 19a; 12, 1. 3-6a. 10ab

Se abrió en el cielo el santuario de Dios y en su santuario apareció el arca de su alianza. Después apareció una figura portentosa en el cielo: Una mujer vestida de sol, la luna por pedestal, coronada con doce estrellas...

Lucas 1, 39-56

En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito:

—«¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!

¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá».

María dijo:

—«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava.